

Eduardo Martínez Benavente

El licenciado Benavente fue desde la década de 1980 hasta la muerte del doctor Nava su representante, asesor y compañero de luchas políticas. Un hombre incansable que decidió unirse al movimiento navista tal como lo hiciera su padre, Jesús Martínez Narezo, cuando el doctor Nava inició su lucha por la democracia en 1958.

Salvador Nava fue un líder carismático y honesto que lideró las inquietudes de los potosinos en una época acromada por caciques e injusticias. Impulsor de la democracia, no nada más en San Luis Potosí sino en México. Una persona muy querida por la mayoría de los potosinos, con un historial vertical, sin desviaciones, y que debe ser recordado como tal por las próximas generaciones. De ninguna manera se puede olvidar su historia.

Era querido porque era una persona muy accesible, muy amable. El haber sido víctima de tortura e injusticias por parte de los poderes estatal y federal — pisó la cárcel de Lecumberri en la ciudad de México y fue torturado en cárceles de la policía local, en las instalaciones conocidas como Charco Verde — le permitió estrechar sus vínculos con el pueblo, le fortaleció políticamente.

Pero, sobre todo, su credibilidad ante la sociedad fue resultado de su ética política, porque nunca aceptó una negociación al margen de la ley, y vaya que le hicieron ofrecimientos muy atractivos que para cualquiera hubieran sido irresistibles, pero

no para el doctor. Le propusieron que desistiera de sus ideas a cambio de ser diputado, gobernador del estado; le ofrecieron dinero y el reconocimiento de su partido político. El que haya rechazado fortunas y posiciones le dio la autoridad moral suficiente para encabezar a todo un pueblo. Fue una persona a la cual no se le conoce desviación de ningún tipo.

En todas las actividades en las que participó políticamente tuvo siempre la prudencia suficiente para decidir hacer un alto en el camino y decirle a los potosinos que seguía en la lucha pero en otras condiciones, como sucedió después de la gran represión de que fue objeto su movimiento por parte del gobierno en los años de 1962 y 1963. Tenía una gran habilidad política, un desarrollado sentido de la oportunidad para elegir el mejor momento idóneo para ser escuchado por la gente.

Las personas se podrán preguntar cómo construyó su prestigio, cómo logró ser tan popular, respetado por la gente. Simplemente, por su profesión de médico, porque siempre estuvo al servicio de toda persona que le requería sus servicios, fueren ferrocarrileros, obreros, gente pobre o personas de buena posición económica. El hecho de que atendiera a cualquier persona que requería de sus servicios le ayudó sobremanera en sus incursiones políticas; pero también contribuyó a su buena fama su nivel de vida, que siempre fue muy modesto, ecuánime, sin demasiadas pretensiones. Era un profesionista de clase media, que cada día daba sobradas muestras de dignidad ciudadana.

Pero su prestigio político se fue construyendo paso a paso, en cada manifestación, en cada marcha, en cada recorrido por las calles y caminos de San Luis. Todo comenzó antes de 1958, cuando la entidad sufría las inclemencias del cacicazgo ejercido por Gonzalo N. Santos. En esa época la Universidad Autónoma

de San Luis Potosí era el punto de contrapeso del cacique, porque el rector, hermano de Salvador, el doctor Manuel Nava, se había distinguido por ser un universitario que en todo momento trató de mantener a la máxima casa de estudios de la entidad alejada de la mano de Gonzalo, hecho que por supuesto le generó múltiples conflictos.

Cabe subrayar que a quien originalmente le correspondía la responsabilidad de asumir el liderazgo social en la entidad en contra del cacique era Manuel; sin embargo, por desgracia murió en 1958, y a quien le tocó sustituirlo fue a Salvador, que ya formaba parte del movimiento universitario y asumía un liderazgo importante.

En esos años se registraron en la entidad las primeras movilizaciones ciudadanas, que fueron una respuesta a las injusticias, a los abusos de poder del gobierno, dadas las limitaciones que imponía el sistema a las libertades cívicas y políticas; en síntesis, a la falta de democracia en la entidad. Esas primeras manifestaciones de inconformidad tuvieron un componente que no se había visto en la entidad en muchos años: la conjunción de esfuerzos entre movimientos de diversas tendencias políticas e ideológicas. Se agruparon en un solo eje los universitarios, ferrocarrileros, médicos, obreros, campesinos y pequeños empresarios, los cuales coincidía en un tema central: la democratización y la mejora de condiciones de vida de la gente.

Con estos aliados, el grupo de profesionistas universitarios organizó las primeras protestas ciudadanas en San Luis Potosí, como el rechazo del cacique Gonzalo N. Santos a la supuesta concesión de autonomía a la universidad pública y la expulsión del gobernador Manuel Álvarez, quien fue “hueveado” en plena plaza de armas en un desfile del 20 de noviembre.

Estas primeras muestras de disenso entusiasmaron a la gente porque comprobaron que sí se podía, que valía la pena correr riesgos y participar en la política a fin de mejorar las condiciones de vida y mantener la dignidad de las personas. La palabra democracia, era entonces un eje articulador del joven movimiento, porque implicaba concretamente dejar en manos de los ciudadanos la potestad de elegir a sus gobernantes e incidir en el desarrollo de sus colonias y comunidades. Esta determinación estaba incentivada por los antecedentes de corrupción y excesos que cometieron gobiernos estatales y municipales.

Sin duda, el sueño de la democracia fue lo que impulsó a muchos ciudadanos, con Nava a la cabeza, en su lucha política; primero en 1958 al aceptar competir de forma independiente por la presidencia municipal de San Luis Potosí — lo intentaron a través del PRI y les negaron el registro—, logrando en ese proceso la victoria; y, después, cuando decidieron emprender la difícil empresa de competir por la gubernatura del estado en 1962. En esta última tarea, dada la violenta respuesta del gobierno federal, se dieron cuenta que no había las menores condiciones ni en el país y ni en el estado para obtener un triunfo electoral de forma democrática.

Cabe anotar que algunas personas, como el jefe nacional sinarquista Jesús Martínez Narezo —quien estuvo muy ligado al movimiento navista en su primera etapa—, con su experiencia como líder nacional de un movimiento perseguido por el gobierno federal trató de convencer en diversas ocasiones al doctor Nava para que no emprendiera la campaña por la gubernatura, toda vez que desde su perspectiva no había las menores condiciones políticas para participar en la elección, y además se exponía a la población a ser reprimida. La recomendación de Narezo era que antes de pensar en

conquistar el gobierno del estado debía fortalecerse el movimiento a través de la constitución de un partido político que permitiera acceder a más presidencias municipales, e incluso ganar diputaciones locales y federales; toda vez que dar un salto en ese momento a la gubernatura era casi como pensar que San Luis Potosí estaba en condiciones de lanzar un cohete al espacio.

El debate en el interior del movimiento fue intenso; para unos, como era el caso de don Jesús Martínez Narezo no había condiciones políticas idóneas, no había presupuesto, no había recursos políticos, y por tanto no había la menor de las posibilidades de ganar; sin embargo, para otro sector, con menor experiencia política, sí había las condiciones para emprender esa aventura, la cual finalmente sabemos como concluyó: con la represión brutal a partir del ingreso del Ejército a la ciudad de San Luis y veinte años de silencio, hasta que en 1982, dados los excesos del gobernador Carlos Jonguitud, revivió el movimiento civilista.

Un elemento que vale la pena no perder de vista, porque caracterizó al movimiento en todas sus etapas, fue la espontánea organización ciudadana, natural siempre, resultado de lo ofendido que se sentía un amplio sector de potosinos por el autoritarismo y corrupción imperante en algunos gobiernos. Eso explica la adhesión al movimiento de grupos de izquierda y de derecha, de la alta sociedad potosina, de empresarios, trabajadores y empleados.

La participación de mucha gente era lo que nos había permitido en esa primera ocasión (y por supuesto en las siguientes), ganar la presidencia municipal. Así, quienes se integraban al movimiento estaban convencidos de que hacíamos lo correcto; ahí radicaba la fortaleza del movimiento, sin embargo los

resultados nos fueron adversos en 1961, dadas las dificultades que se encontraron por el escaso trabajo político en las comunidades, por la poca organización, pero sobre todo porque el gobierno federal tenía un poder absoluto y nunca hubiera permitido que un grupo ajeno al priismo gobernara una entidad.

Cabe referir que no obstante las dificultades por las que atravesó el movimiento en sus inicios, logró penetrar en toda la entidad, pues en la campaña de 1991 era común encontrar en algunas comunidades a personas que recordaban o tenían referencias del doctor y su movimiento, y que simpatizaban con él. Fue una campaña muy intensa en la que el movimiento tuvo una buena acogida en prácticamente en todas las comunidades, y eso se debía a que en esos años el doctor Nava era ya una leyenda en la entidad.

Pero, además, ese buen recibimiento se explicaba porque el navismo pregonaba y practicaba la democracia. Recogíamos el anhelo democrático de las personas, que era ese afán de poder elegir libremente a las autoridades. Ésa es la definición de democracia que dio el doctor Nava, la posibilidad que por derecho deben tener hombres y mujeres para acceder al poder a través del voto libre, secreto, universal; y que a su vez ése fuera el punto de partida para democratizar el resto de las instituciones del estado y del país.

Sin duda el doctor se adelantó a su época porque veía la actividad política como una oportunidad para involucrar a los ciudadanos en todos los asuntos públicos, desde la elección de autoridades hasta la definición y desarrollo de la obra pública. Cuando fue presidente municipal él siempre impulsó la participación de la ciudadanos, de tal forma que ante falta de

recursos y ante las necesidades de obras básicas de las personas, promovía que una parte del costo de las obras las aportara el gobierno y otra los particulares, pues aunque la gente no contaba con recursos sí aportaba su mano de obra. Era una época en la que el municipio era muy pobre, no había apoyos federales, pero con base en ese método se hizo mucha obra.

Ésta era parte de su filosofía, éstos eran sus conceptos, y ello fue lo que incidió para que muchos pensáramos en él como candidato al gobierno del estado en 1991. Todo surgió cuando un grupo de ciudadanos decidimos crear un movimiento de oposición abierta al gobierno, pues desde nuestra perspectiva era evidente la forma en la que el estado se había rezagado económicamente y queríamos revertirlo. Los comicios en puerta eran nuestra oportunidad de incidir en ello.

El primer paso que dimos fue invitar a personas de diferentes ideologías y corrientes políticas, ya no nada más a profesionistas, que era el perfil que teníamos los que en un principio estábamos al frente de este movimiento, sino también a dirigentes de los partidos de oposición y movimientos sociales. Todos coincidíamos que era necesario hacer algo para bien de la entidad, que debíamos de participar políticamente y constituir un contrapeso efectivo a esa clase política que estaba apoderada del estado.

El siguiente paso fue decidir quién efectivamente podía aglutinar y representar los anhelos de todo un pueblo, pues sabíamos que teníamos una enorme desventaja porque no había condiciones democráticas para entrar a una contienda electoral, toda vez que los organismos electorales los controlaba el gobierno y, por supuesto, el PRI. En esa época, las elecciones de Estado eran vistas con cierta naturalidad, la gente incluso ya

estaba acostumbrada a que los candidatos oficiales dispusieran de todos los recursos humanos y económicos del gobierno para alcanzar sus objetivos electorales.

Por tanto, ante las difíciles expectativas comenzamos a buscar un candidato, una persona que pudiera unir todas las inquietudes y fuera capaz de derrotar al sistema. La unanimidad de las voces fue sorprendente, porque todos coincidimos en que el candidato debía ser el doctor Salvador Nava Martínez; desgraciadamente él, en esa época, había sido diagnosticado de cáncer; no obstante, un grupo de ciudadanos fuimos a su casa a invitarlo, a convencerlo de que aceptara la candidatura. Su primera respuesta fue no. Nos argumentó que ya estaba viejo y nos sugirió que buscáramos a otra persona. No se nos ocurrió nadie más con su perfil, porque obviamente su figura era avasalladora, enorme; finalmente, después de mucho insistir nos dijo que sí, pero al poco tiempo tuvo que ir a la ciudad de México, al hospital de Nutrición, y allá nos dijo: “Yo ya no puedo, busquen a alguien más.” Había recaído en su enfermedad.

Esa recaída nos preocupó mucho, pero le argumentamos que todavía faltaba tiempo para el registro de candidatos a gobernador, que esperara; y él, todavía convaleciente, pero en comunión con nuestras ideas acerca de la necesidad de cambiar las cosas en San Luis, finalmente se sumó al movimiento ya de manera formal, y no obstante las molestias físicas aceptó la invitación para ser nuestro candidato.

Cabe recordar que en una ocasión él trató de desligarse de nuestra invitación sugiriendo que invitáramos a su sobrino Manuel Nava, un hijo del también doctor Manuel Nava, quien era una persona con mucho liderazgo y joven, pero tuvimos la mala fortuna de que murió de un infarto en esos días. Este desafortunado

suceso fue visto por el doctor como un mensaje de que era él quien tenía que aceptar la candidatura para derrotar finalmente al PRI y concretar la alternancia en nuestro estado.

En esos días de decisión, nosotros aún teníamos ciertas dudas acerca de quién iba a ser el candidato del PRI, pues se mencionaban diversas personas, como el ingeniero Gonzalo Martínez Corbalá, Fausto Zapata y Víctor Mahbul, entre otros; en fin, en los medios de comunicación continuamente se sugerían varios nombres de políticos que querían o podían ser los abanderados del partido de Estado.

Es importante mencionar que en esos meses entre el presidente de la república, Carlos Salinas de Gortari, y el doctor Nava había una relación de simpatía, incluso hubo una serie de atenciones del presidente para el doctor cuando éste estaba enfermo, pues le mandaba a su médico de cabecera al hospital para que lo atendiera.

Esa situación nos animaba bastante, pues considerábamos que dado el poder absoluto de que gozaba el presidente de la república se podía detener el fraude electoral. Pero, además, reforzaba nuestra hipótesis el hecho de que el mandatario federal no había enviado como candidato a alguien que él estimaba, como era el caso del ingeniero Gonzalo Martínez Corbalá, sino que finalmente terminó siendo postulado como candidato del PRI Fausto Zapata, lo que nos hizo sentir que teníamos posibilidades reales de que se respetara el proceso electoral y de que no lo iban a avasallar con todos los recursos del gobierno.

Al inicio del proceso electoral hubo un hecho que me parece marcó negativamente toda la campaña. Fausto Zapata presentó como su representante ante el Consejo Estatal Electoral al

yerno del doctor, al licenciado Horacio Sánchez Unzueta —a mí el doctor me nombró también su representante en el Consejo—. La decisión fue recibida por el doctor como un golpe sucio, como la señal de que la campaña no sería limpia.

Además, vio en esa medida una forma de intromisión con su familia, lo que para él era inadmisibile porque se rompía una regla de convivencia política básica. De una forma torpe, Fausto quiso demostrarle al doctor que la elección iba a ser de lo más honesta, de lo más limpia, y la garantía de que eso iba a suceder era la mirada de su propia familia. Los que conocemos a Horacio sabemos que era una persona con un desmedido apetito de poder y sobre todo sin escrúpulos, que no era garantía de nada.

Así comenzó la campaña con un mensaje nada esperanzador, porque era claro que el candidato del PRI estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por obtener el triunfo y porque, como oposición, estábamos en una enorme desventaja frente a la estructura del gobierno. Para iniciar, el organismo electoral estaba controlado totalmente por el PRI-gobierno, toda vez que el secretario general de gobierno se desempeñaba como presidente del Consejo Estatal Electoral; y, además, como los partidos también tenían derecho de voto, el PRI y los partidos que lo acompañaban tenían la puerta abierta para tratar de legitimar cualquier arbitrariedad. No obstante, la campaña del doctor comenzó con la fuerza suficiente porque teníamos el respaldo de la sociedad.

La campaña que desarrollamos tuvo la particularidad de ser totalmente austera. Primero, porque Fausto Zapata tuvo el detalle de poner en nuestra contra a la currada de San Luis; y segundo, porque la intromisión, a lo mejor desmedida, de Cuauhtémoc

Cárdenas —que en esa época era el equivalente a López Obrador— en nuestra campaña, espantó a muchos empresarios y gente de recursos que sí habían apoyado al doctor Nava en los movimientos de 1958, 1962, 1963 y 1982, pero que en esta ocasión no estaban dispuestos a financiar a un candidato con esa influencia sobre sus hombros. Estos factores le imprimieron un desgaste enorme e innecesario a nuestra campaña.

Fue de tal magnitud la inquietud en la contienda, tan desproporcionada, que estimamos que Fausto Zapata gastó cien veces más de lo que a nosotros nos costó la operación de la campaña. Pero, adicional al gasto ejercido por el PRI, teníamos en contra toda la estructura gubernamental y política que tenía ese partido, compuesta por caciques, líderes ejidales y presidentes municipales, quienes hicieron lo que estuvo a su alcance para derrotarnos.

De hecho, nosotros estábamos seguros de que si no había intervención del presidente de la república para detener ese intento de avasallamiento, no teníamos nada que hacer; sin embargo, hubo un distanciamiento fuerte entre el doctor Nava y Carlos Salinas, porque en una ocasión al presidente se le ocurrió advertirle, o prohibirle, al doctor que tuviera cuidado con las personas que se le estaban acercando, en clara referencia a Cuauhtémoc Cárdenas. La respuesta del doctor, que entendió el mensaje claramente, fue de molestia, y a partir de ese hecho se rompió el encanto entre ambos. Fue evidente que Cárdenas involuntariamente le había hecho un enorme daño al movimiento.

Ahora bien, si el doctor hubiera jugado de una manera distinta, manteniendo a cierta distancia a Cárdenas, sabiendo lo visceral que era Salinas, y considerando el grado de amistad que tenía

con el presidente, entonces a lo mejor éste no hubiera permitido todo ese avasallamiento, todo ese esfuerzo por reducirnos, por eliminarnos mediática y propagandísticamente. Muchos entendimos en ese momento que los priistas tenían luz verde, el campo libre, para despacharse como quisieran en la elección, como finalmente ocurrió.

Concluido el proceso electoral, pusimos en marcha toda una campaña para denunciar el fraude electoral del que habíamos sido víctimas. Así, en la toma de posesión de Fausto Zapata, en el auditorio Miguel Barragán, el presidente Salinas nos recibió a una comitiva de navistas, en la cual le entregamos las pruebas documentales del fraude. Ésa fue una acción muy indigna para Fausto porque él fue testigo de esa entrevista —si hubiera tenido tantito de decencia no habría sido testigo de esa denuncia y habría salido de ahí—. Ese día nosotros acaparamos cámara, hicimos todo un escándalo, y eso nos indicó de alguna manera que Fausto no era santo de la devoción de Salinas.

En este contexto hay un dato muy interesante que es oportuno recordar, ya que fue algo muy parecido a la descalificación que formuló López Obrador en 2006, cuando dijo: “Al diablo con las instituciones.” En su momento, en 1991, concretado el fraude electoral, el doctor Nava decidió junto con todo su pueblo que no entraríamos al juego del gobierno, que nos iríamos a la resistencia civil y, por tanto, que no reconoceríamos las instituciones. Se quedaron pasmados.

Esa decisión fue algo que no se había hecho en México, lo que ocasionó que personas con conocimientos técnicos, como Samuel del Villar, quien se iba a encargar de la defensa legal de nuestra elección, se molestaran por la decisión de no recurrir a instancias legales. El doctor sabía perfectamente que no

había ninguna posibilidad de revertir el aval de las instancias electorales al fraude. Con cierta ingenuidad a Samuel del Villar — con todo el respeto que guardo a su memoria — creo que le faltaban esos elementos políticos, esa sensibilidad política que sí tenía el doctor para entender que nuestra decisión era la mejor vía para limpiar el proceso, como finalmente sucedió.

Con esa experiencia de movilización social era claro que los organismos electorales no podían seguir funcionando de la manera como lo hicieron, estaban impedidos a seguir de la mano del gobierno y su partido. Cabe señalar que en San Luis ya se habían presentado algunos bosquejos de propuestas de lo que conocimos posteriormente como ciudadanización electoral. Una de las primeras que recuerdo fue la presentada por la organización Desarrollo Humano Integral, A.C.; sin embargo, quien hizo la propuesta más acabada, más precisa, para ciudadanizar los organismos electorales fue el doctor Samuel del Villar.

De tal forma que, concretada la justa caída de Zapata, el doctor Nava le presentó al nuevo gobernador interino, Gonzalo Martínez Corbalá, un pliego petitorio con doce o trece puntos básicos para una reforma electoral que garantizara la certeza, la equidad y la transparencia en los procesos electorales. Entre los temas que se incluían destacaban por supuesto los referentes a la ciudadanización del organismo electoral y el retiro del derecho de voto de los partidos en las sesiones del Consejo Electoral; aunque el punto más importante fue el referente a que ciudadanos comunes, sin nexos y compromisos políticos con los partidos, se encargaran de la organización y vigilancia de las votaciones.

Para efectos de redactar una propuesta integral en materia electoral se nombró una comisión conjunta entre el Gobierno del

Estado y el movimiento navista. El gobernador designó al secretario general de gobierno, Gustavo Barrera, y por parte del movimiento se me nombró a mí. Las primeras reuniones más que de acuerdos fueron de desacuerdos, contaminadas en gran medida por el interés que tenía Corbalá de ser postulado como candidato a gobernador, pues tenía la intención de asumir la gubernatura por un periodo de seis años.

Posteriormente, hubo un reencuentro con el presidente de la república a través de Conchita Nava, lo que nos permitió reactivar las negociaciones para concretar una gran reforma electoral realmente importante. El argumento que nos permitió reanudar los trabajos fue la posibilidad de que el bloque opositor no participaría en los comicios de abril de 1993. Ante tales circunstancias, el presidente giró instrucciones para que nos reuniéramos con personal de la Secretaría de Gobernación, en ese caso con el subsecretario de Gobernación, Arturo Núñez.

A las conversaciones habíamos asistido un grupo de activistas para presentarle nuestras propuestas de reforma, principalmente la referente a los órganos electorales; sin embargo, entre las diversas conversaciones que teníamos ocurrió un incidente que detuvo el proceso de negociación, pues resultó que Jorge Lozano Armengol fue postulado como candidato a gobernador por el PAN, y el subsecretario entre pitorreo y entre cierta seriedad, nos decía: “Para que quieren reforma si de todos modos van a participar.” La presentación del candidato de Acción Nacional fue vista como una fractura en el seno del grupo opositor, y un elemento menos de presión para concretar la reforma.

El argumento inicial de Núñez fue decir que el país no estaba preparado para adoptar plenamente esas reformas, aunque finalmente terminó por verlas con simpatía. Creo que Goberna-

ción tenía pleno conocimiento de lo que ocurría en diferentes lugares del país, y sabían que el Tratado de Libre Comercio incluía obligaciones concretas para lograr la liberalización de la vida política nacional, y que ésa era una oportunidad para avanzar en el sentido de la reforma.

Podemos decir que fue finalmente Arturo Núñez quien le dio el visto bueno a la fracción priista en la Cámara de Diputados, y por supuesto le ordenó al gobierno de Teófilo Torres Corzo que se incluyeran esas reformas en la legislación local. Seguramente estaba consciente de que ello iba a extenderse al resto de la nación, como finalmente sucedió. Creo que la decisión se debió de haber consultado con el presidente Salinas, conscientes de que el gobierno no podía seguir manteniendo el control absoluto de los procesos electorales.

Recuerdo que en las negociaciones participamos Javier Pizzuto, Eduardo Gómez Domínguez, Francisco Xavier Salazar Sáenz, Antonio Herrán Cabrera, Salvador Nava hijo, que entró hasta el segundo día, porque el primer día fue vetado por los panistas, así como nosotros habíamos vetado la participación de Antonio Lozano Gracia, porque ello implicaba — si permitíamos entrar a un dirigente nacional — que teníamos que invitar a los de los otros partidos políticos. Finalmente, tras una serie de protestas, se logró una reforma electoral que por primera vez en el país estipulaba la ciudadanización de los organismos electorales.

Mientras que en las filas de la oposición había júbilo porque se había aprobado nuestra propuesta, en el PRI lo que había eran lamentos, porque además hay que recordar que el partido estaba deshecho, tanto por la renuncia de Fausto Zapata como por los conflictos ocasionados por Martínez Corbalá, dados sus intentos de reelección. Era claro que los priistas no sabían ni qué hacer.

La ciudadanía fue sin duda una buena medida para limpiar en cierto grado los procesos electorales. En ese momento estuvimos conscientes de que nuestra entidad era pionera en esa materia y que su logro se debió sobre todo a la capacidad que tuvo el doctor Nava para atraer a su causa a diversos actores políticos y sociales, como los partidos PAN, PRD, PDM, y los intelectuales más reconocidos del país (quienes visitaron la entidad para participar en diversos foros y conferencias), factor que atrajo la mirada de la prensa nacional, y a su vez se constituyó en un contrapeso a la prensa local que estaba completamente al servicio de Fausto Zapata.

Las presiones de la sociedad, más el prestigio del doctor como demócrata que había luchado toda su vida por mejorar las condiciones de vida de los potosinos, fueron suficiente para mostrarle al resto del país el camino para avanzar en la conquista de la democracia.

La ciudadanía, vista con el paso de los años, fue en la mayoría de los casos, en algunos estados y en el ámbito federal, una respuesta favorable para avanzar en el proceso de cambio político en México. Pero creo que en el caso de San Luis Potosí, su actual presidente y algunos consejeros convirtieron a la institución en un coto de poder de los dirigentes de los partidos políticos. Hoy el organismo electoral potosino sufre de enorme desprestigio porque quienes deberían de haber sido garantes de la imparcialidad se convirtieron en testaferros de los intereses de los dirigentes de los partidos políticos.

La única forma de forzar la imparcialidad de los consejeros electorales o ciudadanos, depende mucho del grado de vigilancia que realicen los ciudadanos, el gobierno y los medios de comunicación, para no permitir un mayor daño a las instituciones

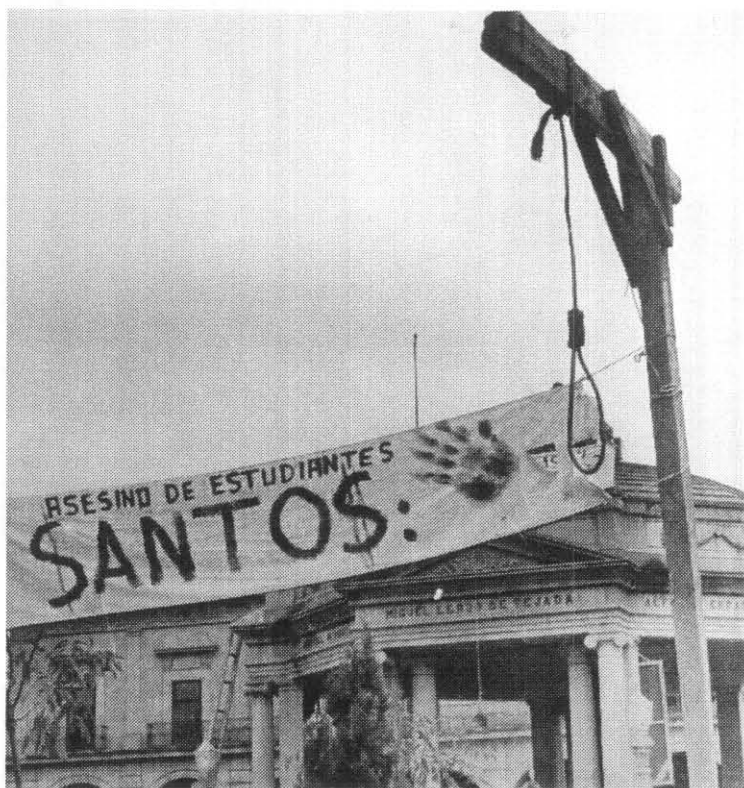
políticas que con tanto trabajo se construyeron en los últimos años.

Finalmente, hoy, a cincuenta años de iniciado el navismo, podemos decir que como movimiento social está desintegrado, porque su estructura orgánica, el Frente Cívico Potosino, no funciona; pero sí podemos decir que está vigente como ejemplo de dignidad y compromiso social con la democracia. Será parte indeleble de nuestra historia por siempre.

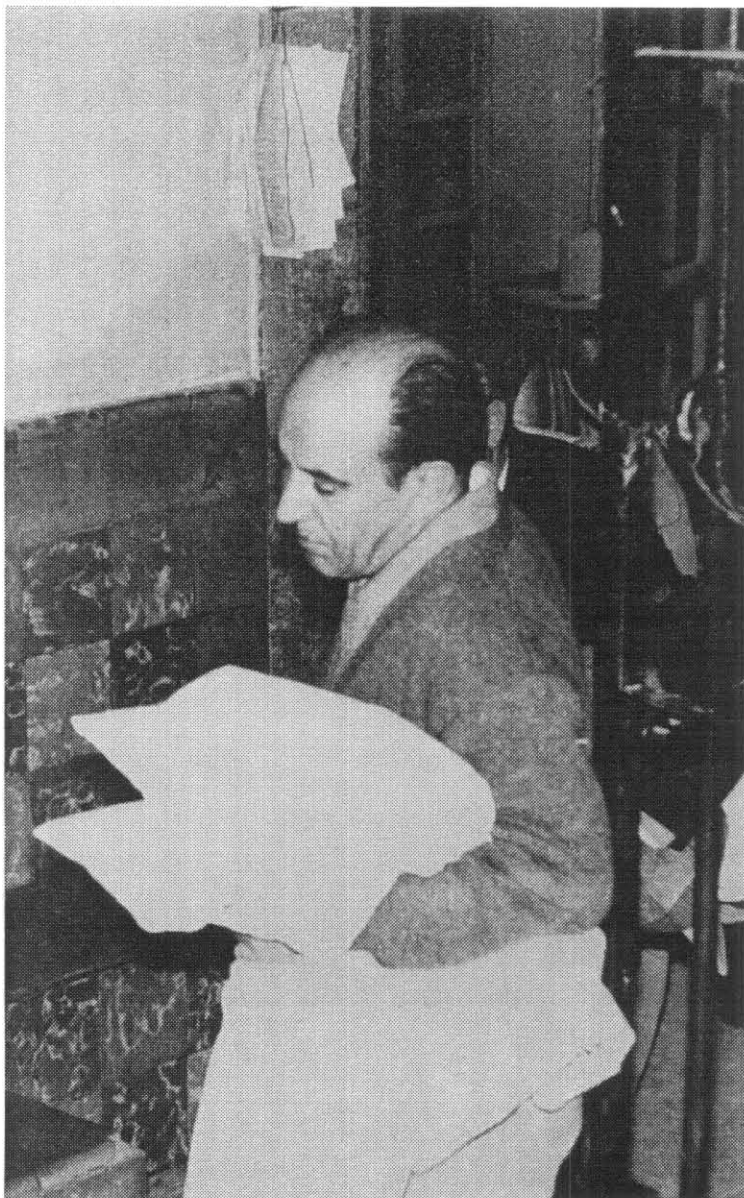
El navismo es una semilla sembrada en gran parte de nuestra sociedad, porque, como yo, muchos ciudadanos que estuvieron en el movimiento siguen inculcando en sus hijos una forma de conducta que ve en las injusticias la peor de las tragedias para un pueblo. Nava vive.



Salvador Nava Martínez rumbo a la cárcel, 1961.



San Luis Potosí, 1958.



Salvador Nava Martínez en la cárcel, 1961.